

Marco Paone entrevista a Daniel Fernández Rodríguez



Daniel Fernández Rodríguez (Barcelona, 1988), doctor en Filología Española y licenciado en Filología Catalana por la Universitat Autònoma de Barcelona, es profesor e investigador de literatura española en la Universitat de València gracias a una beca postdoctoral Juan de la Cierva. Su primer poemario, "Las cosas en su sitio" (La Isla de Siltolá), obtuvo en 2018 el premio "Antonio Colinas". Sus poemas y traducciones, así como sus artículos de investigación en torno a la literatura del Siglo de Oro, se han publicado en revistas como el *Boletín de la Real Academia Española*, el *Bulletin Hispanique* o *Anáfora*. Es autor además de diversas ediciones críticas de Lope de Vega y de ediciones didácticas de clásicos como el *Lazarillo*, el *Quijote* y varias antologías de poesía.

No para amedrentar desde una peña
al caminante solo cuya sombra
cruzara inadvertida mi horizonte;
no para trasponer —libre y sin rumbo—
confines, firmamentos y hemisferios
hasta rozar la linde azul del cielo;
tus alas en la tarde yo las quiero
para ocultar mi rostro de hombre solo.

Non per intimorire da un'altura
il camminante solo la cui ombra
ignorata incrociava l'orizzonte;
non per spostare – franco e senza meta –
confini, firmamenti ed emisferi
fino a sfiorare i bordi blu del cielo;
le tue ali alla sera io le voglio
per celare il viso di un uomo solo.

(“Otoño”, *Las cosas en su sitio*, La Isla de Siltolá, 2018)

Tu poemario surge a partir de una ruptura, de la necesidad de poner “las cosas en su sitio”, como sugiere el título de tu obra, y marcar un antes y un después en tu vida. Tras un tiempo desde su publicación, ¿qué rol ocupa hoy en tu vida “el ejercicio del verso”?

Como decía Gil de Biedma (“Y los poemas son / un modo que adoptamos / para que nos entiendan / y que nos entendamos”), para mí la poesía surge ante todo de una doble necesidad: por un lado, comprenderme un poco mejor a mí mismo, es decir, poner orden y concierto en mis sentimientos y emociones; en definitiva, poner las

cosas en su sitio (de ahí, en efecto, el título); por otro, darme a entender a los demás y, a ser posible, también despertar en ellos una cierta emoción (quizá semejante a la que yo he sentido), que eso es lo verdaderamente relevante para la consecución de un buen poema, según sostiene Miguel d'Ors: "Mientras el poeta, a la hora de escribir, se preocupe primordialmente de expresar sus emociones, seguirá siendo un principiante. Sólo cuando su máxima aspiración sea despertar las de los lectores podrá decir que ha entrado en la madurez". En ese sentido, diría que en mi vida la poesía desempeña hoy en día una función no muy distinta de la que cuando, allá en los años turbios y apasionados de la adolescencia, comenzara a escribir; solo que, con el paso del tiempo (o eso espero), uno va aprendiendo algún que otro truco del oficio, tomando cierta distancia respecto a los propios sentimientos y, poco a poco y con algo de suerte, encontrando una voz más o menos propia a fuerza de "arrimarse a los buenos", o sea a base de imitar a los poetas que uno admira. Por lo demás, no creo que ese "ejercicio del verso" al que me refiero en uno de los textos (como todo en la vida, a mi juicio también la poesía tiene algo de disciplina y mucho de perseverancia) juegue un papel distinto ahora respecto al momento en que escribí "Las cosas en su sitio", más allá de que, como muy buen dices, algunos de esos poemas tuvieron para mí una cierta función, digamos, terapéutica.

En el metaliterario "Fe de erratas", se lee "Es cierto: aquel poema / lo escribí sin pensar en nadie. / Más tarde descubrí que era tan solo / mi modo de buscarte": ¿de qué manera la literatura es una cura?

No sé en qué medida la literatura nos cura de nuestras dolencias, pero desde luego sí diría que las hace más llevaderas. Y quizá también nos aporte un sentido a nuestros anhelos y carencias, como traté de expresar en ese poemita, que para mi deleite y sorpresa es de los que más ha gustado.

Muchos de tus poemas están dedicados a personas queridas, con los que incluso parece dialogar en los textos. ¿Qué valores de la amistad destacarías frente al amor?

Sí, hay muchas poesías con nombres y apellidos detrás, algunos de modo más o menos explícito, porque a menudo los versos surgen de una vivencia humana muy concreta. De la amistad, como explicaba Borges, destacaría ante todo que no necesita la frecuencia, es decir, que puede preservarse a lo largo de los años, pese a la ausencia y la distancia. Así me ocurre a mí, por ejemplo, con mis amigos de Tejerina, el pueblo leonés que aparece en el libro, hogar de los veranos de mi infancia, o con mi amigo Pau Juscafresa, una de las personas que me enseñó a leer poesía, aunque él no lo sepa.

Es un libro meditado y de reflexión, una escritura calmada y policromática, en la que prevalece una tonalidad amarillenta, de tintes tenues, casi para intensificar una atmósfera otoñal y una tensión nostálgica. ¿Estás de acuerdo con esta afirmación?

Sí, desde luego, creo que tienes toda la razón. Me parece que es un libro otoñal, nostálgico y melancólico. También sereno y reflexivo, o eso me gustaría que pensaran mis lectores.

"[A]notas de memoria / los héroes, las victorias y los muertos / que se abren a tu paso". Los cruces temporales y espaciales conforman un mapa alargado de temas: la dialéctica campo/ciudad, el problema del turismo de masa, la precariedad laboral y de las relaciones, la memoria histórica. ¿Qué significa para ti el binomio poesía-compromiso? ¿En qué medida hoy en día la poesía puede ser testimonio?

El compromiso político me parece una actitud admirable, y a mi juicio la poesía, como cualquier manifestación artística, puede ser una herramienta utilísima de transformación social; la mía, con todo, está lejos de cumplir semejante cometido, y es cosa mucho más humilde: es una poesía que intenta más bien abordar temas clásicos —y por ello, creo, de suma actualidad— como el amor, la soledad, la infancia perdida, el tedio y el paso del tiempo.

No rehúyes de un lirismo cotidiano. Incluso en los poemas donde remites a personajes históricos y literarios, tratas de reconducir la materia poética a una vivencia que se vuelve experiencia común. Por otro lado, se aprecia un estilo muy cuidado, que recupera recursos retóricos —paralelismos, anáforas, polisíndeton, por citar algunos— y métricos sin renunciar a una sonoridad llana. ¿Cuál es la importancia de la oralidad en tu escritura y en su lectura? ¿Qué peso tiene tu formación académica en esto?

No estoy seguro de qué peso específico pueda tener la oralidad en la escritura de mis poemas, aunque quizá haya podido influir el hecho de que, por lo común, los componga primero siempre en mi cabeza (en el metro, de paseo, en las noches de insomnio...), y solo una vez los tengo más o menos claros pase a transcribirlos al papel o la pantalla, para a partir de ahí sopesarlos, corregirlos o descartarlos. Lo que sí te puedo asegurar es que para mí la dimensión sonora y musical de la poesía es fundamental. No hay para mí mejor definición del oficio de poeta

que estas líneas deliciosas de fray Luis: “de las palabras que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido dellas, y aun cuenta a veces las letras, y las pesa y las mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende, sino también con armonía y dulzura”. En general, no pienso mucho en recursos retóricos concretos a la hora de escribir, aunque, desde luego, tienes toda la razón al advertir que están ahí, supongo que en gran medida, como supones, debido a mi formación filológica (responsable asimismo de mi afición por la métrica, que procuro trabajar con cierta conciencia), y también por mi dedicación al estudio de la literatura del Siglo de Oro, sobre todo a la obra de un escritor con un oído tan prodigioso como Lope de Vega, no en vano el favorito de Luis Alberto de Cuenca entre los españoles. La única salvedad son los recursos estrictamente sonoros, como las eufonías y aliteraciones, a los que sí suelo prestar muchísima atención, sobre todo en lo que atañe al ritmo y a la disposición y repetición de acentos, vocales y en menor medida consonantes, ámbito en el que procuro seguir, siempre que puedo, el consejo de fray Luis, aunque con resultados más bien modestos, claro está. Supongo que todo ello es consecuencia de mi afición por la música, los idiomas y la lectura de poemas en voz alta (en soledad, eso sí); a algunos de mis poetas favoritos, sobre todo si han escrito en otras lenguas, como Heinrich Heine, procuro leerlos así, regodeándome en el paladeo de los sonidos y las palabras.

Respecto a la pregunta anterior, algunos referentes poéticos de la tradición española son evidentes, Vicente Aleixandre y Jaime Gil de Biedma, David Fernández Villarroel o el propio Luis Alberto de Cuenca, que alaba tu obra en la contraportada del libro. ¿Sería atrevido ubicar tu poesía en la estela de otros poetas de la generación de los años 70 y 80, como Antonio Colinas, Eloy Sánchez Rosillo y Andrés Trapiello?

No, en absoluto: son todos nombres muy importantes para mí. Justamente estos días ando releendo a Sánchez Rosillo, cuyo tono sereno admiro profundamente, y acabo de leer el último libro de Trapiello, Y, que he disfrutado muchísimo. La ilusión de ganar un premio con el nombre de Antonio Colinas es muy grande, como te puedes imaginar. Por su parte, Luis Alberto de Cuenca es para mí un referente indiscutible, no solo poético, sino también humano: una persona de una cultura y una generosidad extraordinarias, y cuya asombrosa claridad poética es un misterio para muchos que tratamos de escribir. A Vicente Aleixandre no lo leo tanto, pero una poesía suya, “Adolescencia”, que me la enseñó mi padre, como tantas otras, es una de mis favoritas desde hace años. Una de esas que siempre recuerdo con gusto: “Muchacho que sería yo mirando / aguas abajo la corriente...”. Y siempre, siempre que escribo, tengo en mente a Borges, a Ángel González, a Gil de Biedma y a Miguel d’Ors.

Por otro lado, desde diferentes medios se está señalando la impactante presencia de una generación de poetas nacidas y nacidos entre los años 80 y 90 que se están imponiendo en el panorama peninsular contemporáneo a la atención de un público relativamente amplio, gracias también a la circulación de poesía en las redes sociales y en internet. ¿Se puede hablar de *boom* poético? ¿Qué relación tienes con la poesía de tus coetáneos?

Ignoro si ya se puede hablar de un *boom* poético, pero lo que sí me parece claro es que la poesía está experimentando un cierto auge, supongo que en parte porque, al igual que a otros géneros como el microrrelato o el aforismo, también en expansión, le sienta bien la brevedad que imponen espacios como las redes sociales y el ajetreo de la vida moderna. En ese sentido, no creo que sea casual la aparición de lo que podríamos llamar *best-sellers* poéticos, algunos de ellos incluso arropados por la televisión, los cuales, al margen de su calidad literaria (que habrá de todo, como siempre en la viña del Señor), indican a mi juicio un interés remozado por la poesía. En cuanto a mi relación con poetas de mi generación, la verdad es que me gustaría estar más en contacto con muchos de ellos, pero hace poco que me muevo en esos círculos. Con todo, me jacto de ser amigo de poetas excelentes como Rodrigo Olay y Álvaro López Fernández, a los que admiro y a los que tanto debe “Las cosas en su sitio”.

Para terminar, más allá de lo literario, ¿por qué en tu libro hablas de una generación de *tristi e contenti*?

Creo que ese es un marbete con el que muchos de nosotros tal vez nos podríamos identificar, pero lo cierto es que ahí solo me refería a mí mismo y, sobre todo, a una chica florentina a la que *spero di rivedere presto*.